



EL MIRADOR

JUAN GÓMEZ
AROZAMENA

Los pijoprogres

CIEN días después de la toma de posesión del nuevo Ejecutivo, los sindicatos de clase alta organizaron la primera huelga general de la era Rajoy. Cien días que han tenido a los españoles con el alma en vilo por la cascada de unas reformas imprescindibles para que este país de chanzas y venganzas se sacuda poco a poco el polvo de la crisis. Después de casi ocho años de engorde y ociosidad, los sindicatos se han caído del guindo y quieren tomar la calle para demostrar que pueden ser útiles todavía a liberados y comités de empresa. Sonroja escuchar las soflamas de Toxo y Méndez para caldear un día de huelga acusando de coacciones y violaciones contra el derecho a la huelga. Con lo fácil que es parar un país a base reventar cocheras, destrozarse cristales, abusar de la silicona y echar a rodar neumáticos en llamas, los más altos responsables del sindicalismo pijoprogre reprochan a empresarios y responsables públicos su esfuerzo por garantizar los derechos de todos, incluidos los ciudadanos que sencillamente querían ir a trabajar. Para su perplejidad, la huelga general transcurrió con relativa normalidad. Salvo la excepcional actitud de los piquetes de siempre, esos que entienden por informar el llamarte hijo puta, repartir alguna colleja e imponer la fuerza de su sinrazón, en el día de ayer la mayor parte de los ciudadanos pudieron hacer lo que creyeron conveniente. Sólo cinco millones de españoles no hicieron lo que hubieran deseado más: trabajar. Los clásicos decían que el pueblo más libre es aquel que tiene más ciudadanos en situación de vivir independientemente gracias a su trabajo. No es el caso. Si la referencia de la libertad es el trabajo, me parece que son muy pocos los que se sientan libres. Pero claro, para esa nueva casta no han nacido los sindicatos. Han creado una burocracia que imita hasta la indecencia a los viejos sindicatos verticales. Si la huelga general es un derecho que testimonia la existencia de una democracia y las libertades que lleva aparejada, convocarla cien días después de que los ciudadanos apoyaran mayoritariamente a un gobierno, y en la situación tan crítica que parece ser que estamos tiene algo de irresponsabilidad. No se pueden echar pulsos al aire, y si algunos sindicatos, con la barriga llena de comer a barra y boca libre, han perdido la justificación de su existencia, no es de recibo que arrastren a la calle a unos ciudadanos que, unos acojonados porque pueden perder lo poco que tienen y otros locos por tener algo que llevar a casa, de lo único que son conscientes es de que siempre pagan los mismos. Y mientras Zapatero dando conferencias en Venezuela —a diez mil euros la charlita—, explicando cómo se deben hacer las cosas. La huelga general de ayer no triunfó porque la gente está hasta el ombligo bajo de partirse la cara por los de siempre. Los que han hecho del sindicalismo una forma de vida. ¡A las barricadas! Rediós.

● El autor explica cómo cree que debe ser recordado del erudito santanderino

Por favor, un Menéndez Pelayo discreto

NOS GUSTE o no, Menéndez Pelayo no es un referente intelectual de nuestros jóvenes y seguimos viendo la cultura de la Restauración con los ojos de la Generación del 14. Ortega y Gasset que conocía las fibras íntimas de Menéndez Pelayo mucho mejor que su obra, describió la exaltación nacional-católica de sus indiscreciones con su habitual sarcasmo: «... se ha querido estos años galvanizar la sombra inerte del buen don Marcelino, especialista en Lope de Vega —por eso lo cito—, como si Menéndez Pelayo fuera un hombre que ha dicho cosas de las cuales se puede vivir, que es lo que hay perentoriamente, inexorablemente que reclamar de quien pretenda ante su pueblo valer como pensador. Pero vaya dicho en honor de Menéndez Pelayo que él no pretendió jamás ser tenido por tal y sabía muy bien el trabajo que le había costado, hacia el fin de su vida, llegar a ser discreto» (*Una historia inédita*, 1947).

La verdad es que el maestro santanderino no sólo enseñaba a sus contemporáneos de la España finisecular que debían de vivir desde su propia tradición, de la que a su juicio dependía su destino, sino que dedicó sus estudios históricos a restaurar las raíces tradicionales de la vida cultural española. La idea rectora de su programa historiográfico que se formó en el espíritu de la *Renaissance* con Millá, se hizo polémico bajo la influencia tradicionalista de Laverde, y maduró y dio sus mejores frutos con el ejercicio de la historia comparada, fue el restablecimiento de la continuidad del gran pasado científico y estético-artístico español, interrumpido y superado a finales del siglo XVIII, mediante el desarrollo de las correspondientes composiciones históricas, sin duda las más soberbias, primorosas e influyentes de la España finisecular.

No fue Menéndez Pelayo un erudito amante de cosechar curiosidades y rarezas de un pasado muerto, sino un historiador que buscaba el renacimiento de la tradición preilustrada y su genio creador conectando mediante relés históricos los elementos permanentes de sus fuentes clásicas con la dinámica viva del presente.

La agudización de la crisis socio-política de la Restauración y el desastre del 98 actuaron como un cri-

sol sobre el programa histórico-tradicional pelayiano que pretendía inventar la tradición española del sistema Canovista. Los miembros de la Generación del 98 científico que heredaron su legado historiográfico, Menéndez Pidal, Bonilla, Altamira, etc., se orientaron con el beneplácito del maestro a una historiografía más crítica y libre de toda ganga tradicionalista. Menéndez Pelayo era entonces un símbolo de la cultura española, y su magisterio se proyectaba en esa generación que institucionalizó las ciencias históricas aplicadas a nuestro pasado.

El desengaño es maestro de discreción, y *El Discreto* de Gracián sabe dejar *su verdades* en la morada ín-

tima del corazón, para llevar al tribunal de la lengua sólo la verdad cumplida, e. d. compartida o documentada. En 1906 Menéndez Pelayo va a sufrir un doloroso desengaño: el sonoro fracaso de su candidatura a la Presidencia de la RAE promovida indiscretamente por los novelistas Octavio Picón y Pérez Galdós. Abandonado de correligionarios, colegas y discípulos, sólo recibió el apoyo de su ciudad y de sus antagonistas políticos: el liberal Ortega Munilla desde *El Imparcial*, y la vanguardia de los escritores españoles que firmaron una carta, requiriendo a Pidal y Mon que retirase su candidatura, en la que se reconoce por cierto al académico santanderino como una «personalidad indiscutible» de la cultura.

En el discurso pronunciado el 30 de diciembre de 1906 con motivo del homenaje que le tributó Santander en desagravio por no haber sido elegido director de la RAE, un Menéndez Pelayo discreto valora su aportación histórica como sigue: «Con vuestra presencia honráis hoy esta biblioteca, obra de mi paciente esfuerzo, única obra mía de la cual estoy medianamente satisfecho (...) gracias a aquel generoso arranque [las bolsas de viaje del Ayuntamiento y de la Diputación de Santander para investigar en las bibliotecas históricas continentales]... pude llegar a ser un modesto, pero asiduo trabajador de ciencia literaria, importar a España algunas novedades útiles, educarme en la gimnasia del método histórico-crítico en que tanto comienzan a aventajarme mis discípulos, entender con más alto sentido lo español, y acrisolar el amor de la patria en el contraste con lenguas y literaturas extrañas».

Desarrollamos el conocimiento, decía Bernardo de Chartres, como *nani gigantum humeris insidentes*. Ese Menéndez Pelayo historiador-crítico fue el gigante que puso las bases bibliográficas y sistemáticas sobre las que se ha levantado la historia de las ideas y de las literaturas hispánicas (iberoamericanas) en el siglo XX. Es un Menéndez Pelayo discreto que forma parte de nuestro presente denso, es patrimonio de todos y no merece un centenario de aficiones morbosas por sus indiscreciones tradicionalistas o mundanas.

Gerardo Bolado es director del curso *Marcelino Menéndez Pelayo (1856-1912) y la tradición cultural española* y profesor-tutor de Filosofía Antigua del Centro Asociado de la UNED en Cantabria



«Ese Menéndez Pelayo historiador-crítico fue el gigante que puso las bases sobre las que se ha levantado la historia de las ideas»